

COMENTARIO

CARTAS AL AMIGO

IV

¡Indefinición, amigo mío, decíamos? Vamos a otra cosa. ¿Otra? No hay más que una. ¡Pues a ella!

Ibese mi hombre carretera de Zamora arriba, señor y escotero, cara a la Armuña, a despejarse el seso con el brizo de aires del Pirineo pasados sobre el Duero. Empezaban a apuntar, verdes, las mieses. Dejaba tras de sí el vendaval electorero agramantino y oía por debajo de su barullera bambolla resonancias de lejano campaneo secular. ¡Qué bien en aquel recogido rinconcito conventual aquel pobre frailecico especulando sobre la contemplación adquirida y la infusa! Días éstos en que nos—nos, a los nuestros—molesta cada qué y hasta llegamos a temer que al llegar de noche a casa hayamos, no de acostarnos, sino de caer en cama.

Sintióse como en cumbre de sima, al aire, sin piso firme. Todo lo exterior se le interiorizaba; todo lo extraño—historia civil, actual, del día y el lugar, comunes—se le entrañaba. Empezó a examinar primero, a meditar después y a contemplar al cabo esa historia con un interés desinteresado; esa historia, pensamiento y voluntad de Dios en el momento eterno del mundo pasajero.

Descubrió una callejuela enchinarrada que llevaba a una plaza anónima y, al parecer, desierta, bajo una humareda espesa que la privaba de la bóveda azul, del aire soleado. Y así quedaba hecha caverna. Y en ésta acabó por sentir chiquillos de todas edades—verdes, maduros y pasados—que, en puro tontear y loquear, se entontecían y enloquecían. Y entre ellos, unas damas—dueñas—de Estropajosa empuñando el estropajo, dispuestas a la friega sin lejía. A afeitarse en seco. Algunos se daban a la masturbación mental de buscar nueva especie—o mejor, especie—de república o de monarquía. ¡Renovación!... Quienes soñaban con fajarse en el fajo, mientras otros—y era curioso—que voceaban “¡muera el fajo!” eran los más fajados y los más fajistas. Otros, a definirlo. Mero deporte de gente aburrída de su vacío íntimo. “¡Ande el movimiento!”, decía uno. Otros daban vivas o mueras a términos por los que no entendían pizca. Algunos preguntaban qué era lo que había que gritar. El suelo lleno de hojas y papeles de otoño; las paredes y hasta el piso, de estúpidos letreros en almazarra y en brea. En uno de éstos se motejaba a los sedicentes agrarios de... “antípodas”.

Y él, nuestro hombre, perdía allí el recogimiento. Aquella patulea— aunque corporalmente ausente—le pateaba y pisoteaba el asiento de su conciencia histórica. Ni podía sacar de allí sin daño el seso. Y huyó. Volvióse a casa, campo atrás, a descansar el ánimo abrumado. Dióse primero un rato—rpto—al supremo de los solitarios de la baraja; después a leer la Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde las guerras de religión a nuestros días, del abate Bremond, de la Academia, y luego, por desengrase, las descripciones que en el Orlando furioso hace del campo de Agramante Ludovico Ariosto. ¡Qué fiesta verbal y sensitiva! ¡Qué nombres de vividos fantasmas—casi se les toca—, qué palabras! Manilardo, Baliverzo, Malabuffero, Isoliero, Serpentino... Calamor di Barcellona, Corebo di Bilbao, Odorico di Biscaglia (Vizcaya). Y los que vie-

nen agrupados en endecasílabos: “Grandonio, Falsirone e Balugante”,—“Prusión, Soridano e Bambirago”,—“Avino, Avolio, Ottone e Berlingiero”,—“Anselmo, Odrado, Spireloccio e Prando”... Y dominándolos con su sonridad...; ¡Rodomonte! Nombre que tomó Ariosto del Rodamonte que inventó su precursor Boiardo. Y cuéntase que cuando a este poeta le brotó en el magín, por obra de la musa, el resonante nombre fué tal su gozo que hizo sonar a fiesta las campanas de su castillo de Scandiano. Lo merecía. ¡Engendrar un nombre! ¡Rodamonte! ¿Y qué cuando nuestro Cervantes dió con Quijote y con Rocinante? ¡Cómo paladeaban los nombres! ¡Rodomonte! ¡Rodomonte!

Dió luego mi hombre en recorrer los de nuestros partidos y sus cabecillas. Con todo eso de Ugete, Cenete, Firpe, Orga, Ceda y demás logogrifos. Y creyó ver en un bosque de toda laya de árboles, con sus hiedras, sus muérdagos y sus abogallas, vagar, al pasto, tropillas y rebaños “de toda clase”, y entre ellos, tal cual rara, mustia res orejisana y suelta. ¡Pero qué nombres, qué apodos, qué motes!

Y se dijo: “¡Si de todo esto quedara siquiera un dicho decidero, duradero, una de esas expresiones estadizas con que un verdadero creador—poeta, político—acierta a expresar lo que los demás creen pensar sin pensarlo de veras, y así les enseña a esto y a definirse, o una palabra, un nombre! Un nombre: “Santificado sea el tu Nombre...” Y luego: “Venga a nos el tu reino...” Y después: “Hágase tu voluntad...” Toda la historia. Cantados sean los nuestros nombres! “Aquí fué Troya...”; “allí la de San Quintín...” “Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora—campos de soledad, mustio collado,—fueron un tiempo Itálica famosa...” ¡Itálica! ¡Y cómo suena! ¡Rodomónticamente!”

Los niños aquellos, en tanto, verdes, maduros y pasados—críos, mozos y decrepitos—, creían, ¡pobrecillos!, haber hecho o dicho algo.

Pues qué, amigo mío, ¿esperaba usted acaso de mí cábalas, profecías, vaticinios, agüeros, calendarios? Eso no es conciencia de historia, de leyenda. Lo que fuere sonará. Y esté de Dios que suenen nombres—de rebaños y de rabadanés—que resuenen por siglos. Y que nos hagan echar a vuelo, en fiesta, las campanas seculares.

En tanto, puesto que usted también, amigo mío, se ha dado a esta tarea de escribir para los demás, para comulgar con ellos, lo que no le pidan, eso les dé; lo que no le demanden, eso les ofrezca; a lo que no le pregunten, a eso les responda; lo que no les importe aprender, eso les enseñe. Cuando hayan pasado las estrepitosas ventoleras y enmudecido su gritería habrán de flotar y sobrepujar las voces recogidas—ahora ahogadas—que guían la permanente revolución silenciosa e íntima del pensamiento. Y como éste, el pensamiento, es lenguaje íntimo, la más íntima, entrañada, de las revoluciones es la de hacerse uno a hablarse, a ponerse en claro a sí mismo, con la lengua común, tradicional, de los seculares rezos caseros y familiares. Y populares, ¡altos.

Ya sabe usted, amigo mío, que quiere ser un filólogo—en su sentido originario, un logófilo, un amante o enamorado de la palabra; es lo que resta—su amigo

Miguel DE UNAMUNO

60 [A hora, Madrid, 29.XI.1933]